

Carta a la señorita Andrée en París

Diana Patricia Díaz Hernández

Nunca se lo había explicado antes, no crea que por deslealtad, pero naturalmente uno no va a ponerse a explicarle a la gente que de cuando en cuando vomita un conejito.

Julio Cortázar

Respetada señorita Andrée:

bien sabe usted que en eso de leer y escribir a duras penas puedo con la firma; por eso le pedí a mi hija que escribiera lo que enseguida paso a contarle. La verdad señorita estoy muy confundida y no sé si salir corriendo y dejar todo tirado o esperarla y aguantar este tormento. Si no fuera una urgencia yo no me atrevería a molestarla.

Pocos días después de su partida, el señor escritor se vino a vivir a su departamento. Usted me conoce desde que era una niña, la he visto crecer y hacerse toda una mujercita. Sabe que yo no soy de problemas y que acato en silencio las órdenes de mis superiores, pero eso no quiere decir que sea bruta y que no me percate de las rarezas del señor. El día que trajo sus maletas yo lo estaba esperando con la puerta abierta para ayudarle a entrar las valijas, organizar su ropa en el armario que usted me pidió desocupar para que él se sintiera “como en casa”. Sin embargo, lo noté extraño, estaba tan blanco y asustado como un conejo que presiente será atrapado para el asado de la noche. Sin dar tiempo a saludos, se encerró en el baño, allí lo escuché refunfuñar por más de media hora. Esa noche pasó sin más tropiezos, le ofrecí un té caliente, le preparé la cama y me retiré a mi cuarto.

Al otro día, salió a su trabajo muy temprano. Cuando fui a organizarle el dormitorio, me encontré con la sorpresa de que estaba cerrado y no había dejado las llaves por ninguna parte. Por respeto, continué con mis labores. Sabe..., no dejé de carcomerme la idea de que el escritor no confiaba en mi honradez. ¡Imagínese señorita!, ¿cuántos años llevo trabajando para usted? Me deja todo abierto, sus aretes, collares y anillos costosísimos, que podrían alcanzar para mis gastos de varios meses, qué digo varios meses, ¡de toda una vida!, pero no se le ha perdido ni una aguja, porque lo ajeno solo para su dueño es bueno. ¡Antes muerta que ladrona! Al regreso del señor, me mordí la lengua para no preguntarle nada. Luego de servirle su cena, me encerré en mi cuarto.

Cuando se queda en el apartamento deja el dormitorio abierto para hacerle aseo, pero eso sí, el armario siempre bien cerrado y la llave por ninguna parte. Usted me va a perdonar señorita, pero, a veces, la curiosidad de las mujeres es superior a la voluntad; un día aproveché que el señor estaba encerrado en el salón y estaba a todo volumen esa música extraña que suelen escuchar en compañía, para abrir el armario con la llavecita de repuesto que usted me dejó; no se imagina mi extrañeza cuando encontré solo su ropa algo desorganizada, pero nada que pudiera ser motivo para ocultar o proteger de manos indelicadas.

Con los días, la situación está pasando a castaño oscuro. El escritor cada vez está más raro; en mi casa dicen que deje de hacerme

un drama, que ese es el comportamiento típico de los señoritos de sociedad, que seguro está aprovechando de su ausencia para hacer lo que no puede en su presencia. Pero yo no creo eso señorita, yo digo que al escritor le pasa algo, de día es cuidadoso con todo, se mueve como si anduviera sobre plumas para no desordenar, toma los libros con más cuidado del que yo lo hago cuando les voy a retirar el polvo, luego los regresa a su sitio. Le aseguro que usted no sospecharía que esos libros estuvieron fuera de sus anaqueles en su ausencia.

Pero las noches son otra cosa, los ruidos se incrementan, las lámparas permanecen prendidas, ¡yo ya no tengo noche!, los días y las noches para mí se convirtieron en una luz perpetua. Para no aburrirme moviendome en la cama sin poder dormir, me dediqué a husmear, oculta detrás de las puertas. Usted no me lo va a creer, el señor bien puestecito y tranquilo del día, durante la noche se convierte en un lobo en luna llena, camina por el salón dejándo tréboles por todas partes, mirando desorbitado para todos los rincones, limpiando en la alfombra mugre inexistente —usted sabe señorita que yo aspiro muy bien cada día—, luego se acuesta en el sofá verde, como hipnotizado por la luz de las lámparas. La rutina es casi la misma, al amanecer pareciera que está afanado en entrar una recua de animales al dormitorio y luego cierra el armario.

Señorita, en esas noches tormentosas el desorden es extremo, hasta el punto de que en una de ellas tiró al suelo la lámpara con el vientre de porcelana lleno de mariposas y caballeros raros que trajo de la China, ¡esa que usted tanto quería! Recuerdo que un día me dijo que si resultaba con un rasguño no me alcanzaría toda la vida de trabajo para cubrir la deuda, pero señorita,



ErreMora (Morata). Pintura digital.
https://www.instagram.com/morata_studioart/

le aseguro que yo no fui la culpable y el escritor tampoco la tiró de forma intencional, no se imagina en la noche siguiente el cuidado con que trató de unir las partes con cemento, pero el estrago ya estaba hecho, la lámpara había perdido su belleza.

Señorita Andrée, regrese pronto. ¡Ya no sé qué hacer con el escritor! En la madrugada trató de lanzarse por el balcón que da a Suipacha; afortunadamente, yo lo estaba espionando y alcancé a halarlo de la mano. Pero él estaba furioso, decía que quería terminar en los adoquines como sus conejitos. Incrédula miré desde el balcón. Solo un transeúnte caminaba por la calle Suipacha.

¡Por favor regrese pronto señorita Andrée!

Diana Patricia Díaz Hernández es Médica, docente de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia y escritora. Recientemente publicó el libro *El nuevo matasanos y otros relatos* con la Editorial Universidad de Antioquia.